

De la traidora sorpresa,
En los instantes primeros,
Deja este sitio, y en busca
De socorro parte presto.

Al descender esa cumbre
Que desde aquí se está viendo—
Y Mitl la cúspide oscura
De un monte en que ya su velo

De sombras la noche tiende,
Le señaló con el dedo—
«Allí, repite, encontróme,
Y dándome de tu aprieto

La noticia, hasta este sitio
Vine veloz como el viento;
Donde quiso mi fortuna
Que llegar pudiera á tiempo,
Dejando á Nezahualxochitl
Con algunos de los nuestros;
Mas..... véla allí que se acerca,
Parte, señor, á su encuentro.»



ROMANCE VI

NEZAHUALXOCHITL.

De una preciosa litera,
Dechado de arte y de lujo,
Que viene cargada en hombros
De cuatro esclavos robustos,
Descendió Nezahualxochitl,
Quien con labio irresoluto,
A los que en torno la cercan
En pavoroso tumulto,

Presa de un temblor que es hijo
De su malestar profundo,
Por el príncipe pregunta
De angustia llena y de susto.

Interroga con la vista;
Mas antes que labio alguno
Responda á su voz, un hombre
Tendió los brazos convulsos

Hácia ella, que, dando un grito,
Abrió temblando los suyos;
Y se estremecen dos almas
En prolongado saludo.



¡Cuánto se amaban! la noche
Que Nanche murió, al influjo
De su nefasto destino,
Sus corazones en uno

Se confundieron, latiendo
Del amor en el bien sumo;
De un amor inexplicable
Y en dulces goces fecundo.

A ella la vimos risueña
Aquel día, cuando un cúmulo
De pensamientos llenaba
Su gentil cabeza, de humo;
Cantar la oímos alegre
Los ensueños de un futuro,
Sin desengaños ni quejas
Y sin horizontes turbios.

Y cuando al pié del cadáver
La desdichada no pudo
Sufrir el dolor, y al suelo
Rodó su cuerpo convulso,

Pasaron algunas horas
Sin que se turbase el mudo
Silencio de aquel recinto
Que parecía un sepulcro.



Cuando ya el sol se acercaba
A la mitad de su curso,
Entró á la estancia un mancebo
Que de pavoroso susto

Lleno, contempla aquel cuadro
De horror, de sangre y de luto;
A la jóven se aproxima
Con un cariñoso impulso;
Y al llamarla acongojado,
Pálido como un difunto
Por el pesar, triste mira
Al objeto de su culto.

Abre al fin Nezahualxochitl
Los tristes ojos enjutos,
Y concentrando su vista
En el mancebo, de súbito
Se alza del suelo; la llama
De un amor violento y puro
Se reflejó de sus ojos
Entre los cristales mústios;

Se acerca al príncipe amante,
Y con acento inseguro,
Que entrecortan los sollozos
Y ahogan ayes profundos,

Así le dice: «allí tienes,
Nezahualcoyotl, al único
Ser querido que amparaba
Mi orfandad en este mundo.

No miro ya de esta vida,
Por los desiertos oscuros,
Mas luz que tú, mas consuelo
Que tu amor, ni mas refugio.

Yo, que seas no te pido
Mi esposo, que fuera mucho;
Mas tampoco tu manceba
Me llamará el labio tuyo.

Solo anhelo que conserves
De tu pecho en lo profundo,
El amor que esta mañana
Leí en tus ojos oculto,
Y que tu labio.....

—Silencio!

Nezahualxochitl, no es justo
Que me hables así..... tu esposo
He de ser, yo te lo juro.»

Despues, alzando el cadáver
De Nanche, salieron juntos
De la estancia, y no muy lejos
Del solitario sepulcro

De Tiata, en una cueva,
Depositaron los últimos
Despojos del noble anciano,
Como su memoria, augustos.



Al anochecer, muy pocos
 Dias despues, en Tescuco,
 Del infatigable Maxtla
 Y sus sicarios, ocultos,
 Ante un anciano Teopixqui¹
 Con un placer sin segundo,
 Y de sus antepasados
 Conforme al rito y los usos,
 Delante de dos testigos,
 Sus dos almas de consuno
 Se unieron y para siempre
 Con indisoluble nudo.²



Entre los brazos del príncipe,
 Nezahualxochitl algunos
 Breves instantes de dicha,
 De supremo goce, estuvo;

¹ Sacerdote.

² Nezahualcoyotl se casó en su juventud con Nezahualxochitl, que siendo de la casa real de México, era digna de subir al trono; pero esta señora murió antes que el príncipe su esposo recobrase la corona que los Tepalcas le habían usurpado.— *Clavijero*. Tomo I, pág. 108 [nota].

Mas cuando de ellos pretende
 Desasirse, un breve punto
 Tembló, sus brazos se abrieron,
 Y cayó al suelo: confuso
 Nezahualcoyotl, sobre ella
 Se arroja de terror mudo;
 Y da un grito, que los montes
 Repercuten uno á uno.

Y entre un tumulto, á la roja
 Luz de los hachones fúlgidos,
 Contempló á Nezahualxochitl
 Bañada en sangre, sin pulsos;
 A quien le traspasa el pecho,
 Que ha poco encendia un puro.
 Y noble amor, de una flecha
 El iztli ardiente y agudo.

« Por matarme á mí la han muerto: »
 Esclama fiero, iracundo,
 Nezahualcoyotl, alzándose
 Con un movimiento brusco:
 « Ellos, ellos, continúa
 Con ronco acento, y sañudo
 Hacia la ciudad volviendo
 Los ojos como carbúnculos:

—« ¡Ah! maldita Azcapozalco,
 Guarida de sus verdugos,
 Mañana al rayar el día
 Sabré vengar tus insultos!

No valdrán contra mi encono,
 Tepanecas, tus conjuros;
 Ni tus chimalis de bronce,
 Ni tus escaupiles rudos.

Haré que tus torres altas
 Desaparezcan del mundo,
 Y convertiré en ceniza
 Tus palacios y tus muros.....

Dijo, cayendo de hinojos,
 Al pié de los restos mudos
 De su esposa, y llanto amargo,
 Hizo en sus mejillas surcos.



VII

LA MUERTE DEL TIRANO.

Apenas tímida el alba
 Se arrebola con las luces
 Que el astro rey desde Oriente
 Sobre los montes difunde,
 En entrambos campamentos
 Los capitanes reúnen
 A sus huestes, y do quiera
 Animándolas, discurren.